

1 Corintios 15:20-26

“Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que murieron es hecho, pues por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte”. (1 Corintios 15:20-26)

Gracia sea a vosotros, y paz, de Dios nuestro Padre. y de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Estimados hermanos en Cristo Jesús, nuestro Señor resucitado. Hoy es el día de la Pascua, y nosotros vamos a hablar de la muerte. Hablar de la muerte, de algo tan sombrío, algo que da tanto temor a muchas personas, es un tema que quisiéramos evitar en cualquier tiempo. Y luego venimos a un día festivo. y vamos a hablar de la muerte. Sin embargo, así es.

Hoy vamos a hablar de la muerte, pero vamos a hablar de la muerte en la forma en que nuestro texto lo hace, como el postrer enemigo destruido. Sí, nuestro texto habla de la muerte. Habla de la muerte como algo que tuvo poder, dominio sobre toda la humanidad. Nosotros conocemos la muerte, hemos visto cómo generación tras generación ha pasado de esta tierra. Hemos visto cómo uno tras otro de nuestros seres queridos ha sido tragado por la garganta de la muerte. A veces quisiéramos evitar hasta pensar de esta cosa. Aún los cristianos a veces tienen la reacción, cuando uno habla de la muerte, de decir que no, no. No quiero hablar de esto todavía. No estoy listo todavía para morir. La verdad es que la muerte sí tiene un dominio universal ~ un dominio sobre cada ser humano que vive en la tierra y es algo entonces que tenemos que confrontar.

¿Cuál es la fuente de ese gran poder que tiene la muerte sobre la humanidad? Nuestro texto nos dice: Que "la muerte entró por un hombre". Allí está la raíz. Un hombre trajo la muerte al mundo. y luego en el versículo siguiente dice: "así como en Adán todos mueren". ¿Por qué tiene la muerte ese dominio que tiene sobre

toda la humanidad, de modo que aun los cristianos tienen que morir? Tiene sus raíces en un hombre, en Adán nuestro primer padre, quien se rebeló contra Dios y traspasó su mandamiento, y así trajo sobre él la maldición que Dios había amenazado de que el día en que comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal, ciertamente moriría. Y desde entonces la muerte es una fuerza que ha dominado sobre toda la humanidad porque el pecado ha dominado sobre toda la humanidad.

Quisiéramos ser libres de la atadura de la muerte, quisiéramos escapar de ese final. Pero la única forma sería dejar de ser humanos porque si somos humanos, tenemos algo en común con Adán, estamos unidos con Adán. Hemos nacido con su naturaleza. Ya por naturaleza éramos hijos de la ira, "en pecado me concibió mi madre," la muerte y el pecado dominaba en nosotros y en nuestra naturaleza desde el momento en que nacimos. Y por tanto, cada vida humana en esta tierra desde el momento en que empieza, es un proceso de ir hacia la muerte. Así, porque el pecado ha dominado, y porque vivimos en un mundo en que Satanás es el príncipe de este mundo, porque el pecado ha dominado en nosotros, nosotros todos hemos sido sujetos a la muerte. Tenemos en común con Adán una naturaleza de pecado que nos ha hecho sujetos a la muerte, y así la muerte ha venido y se ha enfrentado con cada uno, y no ha habido ningún ser humano que ha podido resistir sus fuerzas, ni ha podido salir victorioso de la batalla con la muerte.

Pero luego, luego la muerte midió fuerzas con uno que era diferente, con uno que no nació con pecado, con uno que tuvo éxito en resistir la tentación de Satanás, con uno en quien nadie podía encontrar el verdadero pecado. La muerte también midió fuerzas con él, con ese santo e inocente que es Jesucristo, nuestro Redentor. Pero ¿Qué sucedió en la gran batalla entre Cristo y la muerte? Pareció, pareció como si aun Cristo no pudo resistir, como que aun Cristo fuera derrotado, como si aun él fuera indefenso, inválido ante el poder de este último enemigo de la humanidad. Cuando él entró en su sufrimiento, los enemigos hicieron todo lo que quisieron con él. Lo clavaron en una cruz, y él después de colgar allí entregó el espíritu. Pareció como si todo estuviera perdido aun para él.

¿No lo pensaban así los discípulos de Emaús? "Nosotros pensábamos que él fuera redentor de Israel". ¿No lo pensaban los discípulos reunidos tras puertas cerradas en el día de la

Pascua? ¿No pensaban lo mismo las mujeres que iban tristemente al lugar de la sepultura pensando en quién quitaría esa gran piedra porque era demasiado grande para ellas? ¿No pensaban todos que Cristo había perdido también en su gran batalla con la muerte? Así pareció. y sin embargo no fue así, Cristo no perdió; ganó su batalla con la muerte. Y si esa victoria fue escondida por tres días, al tercer día Cristo resucitó de los muertos. "Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron es hecho". Aquí hay uno que entró en la batalla con la muerte y la muerte no lo pudo retener. El sepulcro no pudo retenerlo; Cristo salió vivo. Quinientas personas a la vez lo vieron VIVO. No cabe duda de que Cristo está VIVO. No está derrotado, no está vencido por la muerte. Cristo ha obtenido la victoria, y así dice nuestro texto. "También por un hombre viene la resurrección de los muertos". Y nos dice que ese hombre es Cristo, el que es Dios y hombre a la vez, que entró en la batalla llevando nuestros pecados. Pareció vencido, porque estaba sufriendo nuestra derrota, estaba sufriendo nuestro castigo, estaba sufriendo por nuestros pecados. Pero cuando él en el Viernes Santo dijo: "Consumado es", la victoria realmente quedó con él. Y cuando entregó su vida fue para ganar para todos la vida. También en Cristo todos serán vivificados, otro versículo que está hablando específicamente de los que son de Cristo. ¡Sí! Cristo entró en la batalla no solamente por sí mismo, no solamente para ganar una victoria personal para él, sin importarle a sus hermanos, a todos los humanos. No, vino para salvar a la humanidad que se había perdido, y enfrentándose a la muerte, salió victorioso.

Entonces ¿cómo participar en la victoria de Cristo? Los que son de él serán resucitados en el último día para entrar a la gloria. Cristo entró en la batalla como nuestro héroe, nuestro paladín, nuestro capitán, el que tomó el campo de batalla en nombre de nosotros y en beneficio de nosotros, y los que son de él, los que ponen su fe y su confianza en él, compartirán entonces esta gran victoria que él ganó con su resurrección de entre los muertos. La guerra ya está ganada, Aquel que es las primicias salió. Si Cristo ya salió, si Cristo ya resucitó, quiere decir que la cosecha está lista. Los demás saldrán también de las tumbas. Solamente dice nuestro texto que: "cada uno en su debido orden, Cristo las primicias, luego los que son de Cristo en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre".

Es cierto, es cierto que nosotros también tendremos que morir, a menos que Cristo venga primero. Y podría parecer para nosotros también que estamos realmente vencidos y derrotados por la muerte. Pero no es así. Es así solamente en apariencia, porque la muerte ya ha sido vencida en la persona de Cristo. Y su derrota se manifestará también en la persona de cada uno de nosotros que pone su fe y confianza en Cristo y en su redención que logró colgado en la cruz. Cristo reina ahora. No va a comenzar su reino en el último día. Su reino comenzó desde el momento de su resurrección de entre los muertos y sigue hasta el fin del mundo. Ahora, aunque vencidos, sus enemigos son activos, buscando constantemente a quién vencer, a quién poner otra vez bajo su dominio. Pero la verdad es que están vencidos y su derrota será manifestada abiertamente en el último día. Todos los enemigos de Cristo entonces serán puestos debajo de sus pies. Desde Satanás, el que primero tentó a la humanidad, hasta el pecado, que ha mantenido en sus cadenas a la humanidad, hasta la muerte, que ha tratado de ligar a cada ser humano con su poder. Todos están vencidos y su derrota será manifiesta en el día postrero.

Pero finalmente, nos dice el texto que en ese último día: "el postrer enemigo que será destruido es la muerte". La muerte todavía existe ahora. Existe como un poder que busca espantarnos, pero ya no como un poder que obtendrá la victoria final sobre nosotros. La muerte es ahora algo contra la cual nosotros también podemos enfrentarnos, y aunque ruge y amenaza con derrotarnos, ya es un león que ha perdido sus dientes, a que le han quitado las garras, ya no puede hacer daño. Aunque la muerte parece ganar la victoria sobre nosotros, no tenemos que desesperarnos, no tenemos que asustarnos, porque Cristo ha convertido la misma muerte en algo que solamente nos hace descansar un rato, dormir un rato. Estamos en un sueño por un rato, en una tumba ya santificada por Cristo como un lugar de descanso temporal hasta que nosotros como Cristo nos resucitemos en el postrer día. En ese día, hermanos, ya no existirá la muerte: habrá perecido para siempre nuestro antiguo enemigo. Y nosotros con Cristo, las primicias, viviremos para siempre en la gloria y cantando las alabanzas por la gran victoria que él nos ha dado.

Adoremos ahora, entonces, a nuestro Señor victorioso. Consolémonos nosotros, frente a la muerte de nuestros hermanos queridos y la muerte que vendrá a nosotros mismos.

porque ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron es hecho. Y si Cristo, las primicias, la cabeza, ha resucitado, ¿dónde quedarán los que son de su cuerpo? No podrá dejarnos en el sepulcro. Amén.